

Antonio López Sáenz: el placer del asombro¹

Dos mujeres en el malecón, 2001.
Óleo sobre tela. 45 x 65 cm.



Fotografías: Federico Gil. Cortesía de Índice Editores

Miguel Ángel Muñoz

LA PINTURA DE ANTONIO LÓPEZ SÁENZ (Mazatlán, Sinaloa, 1936) arranca de una reflexión severa sobre su capacidad imaginativa. De aquí, pues, que las sorpresas sean escasas en su primera época creativa —lo cual, al pasar el tiempo, se volverá un descubrimiento constante—. Más bien, nos sorprende su disciplinada contención, el freno de cuantas divagaciones puede tener el arte. La originalidad, viene a decirnos, es un valor añadido y constantemente cuestionable en el arte contemporáneo. ¿Qué significa esta actitud? En la pintura de López Sáenz es la insistencia en una posición estética que por fortuna es ya pieza clave del mapa visual del México del siglo XXI. Nuestro pintor se toma en serio las determinaciones que han hecho moderno el gesto de pintar, y que ha logrado desarrollar a lo largo de más de seis décadas de trayectoria. Según se mire, son muchos años de trabajo, pero es aun mayor la intensidad cuando se trata de una brega artística en la que no cabe la rutina, ni la acomodación, ni ese legítimo *darse un descanso en el tramo de la madurez*, porque, a diferencia de otras profesiones, en ésta la gran

¹ Este texto es un fragmento del libro *La obra de Antonio López Sáenz*, editada por Índice Editores, el Instituto de Cultura de Sinaloa y Banamex.



Grupo de familia, 2005. Óleo sobre tela. 80 x 60cm

batalla creadora se da precisamente en el crepúsculo. Se ha escrito mucho sobre la importancia que tiene la madurez de un artista para redondear su obra, que lo sigue exigiendo todo hasta el final. Basta con citar la obra última de los grandes artistas del pasado o del presente, como Tiziano, Poussin, Chardin, Ingres, Picasso, Esteban Vicente, Rufino Tamayo, Ràfols-Casamada o Antoni Tàpies para demostrarlo.

Si observamos en perspectiva el trabajo de López Sáenz, parece poseer un sentido previo, parece encaminarse hacia una posición muy concreta, y en cierta medida también distante respecto a otras propuestas de múltiples artistas de su generación. Y es que, mientras algunos creadores en México alimentaban su tarea a partir de la abstracción —que en muchos momentos estaba contaminada—, pues fue retomada de España, Francia y Estados Unidos, pocos pintores, como Vicente Gandía y López Sáenz, buscaban en la figuración un camino diferente.

Sin título (1976) y *Accidente en avenida universidad* (1977) son dos obras significativas del momento “abstracto” de López Sáenz, pues son de alguna forma

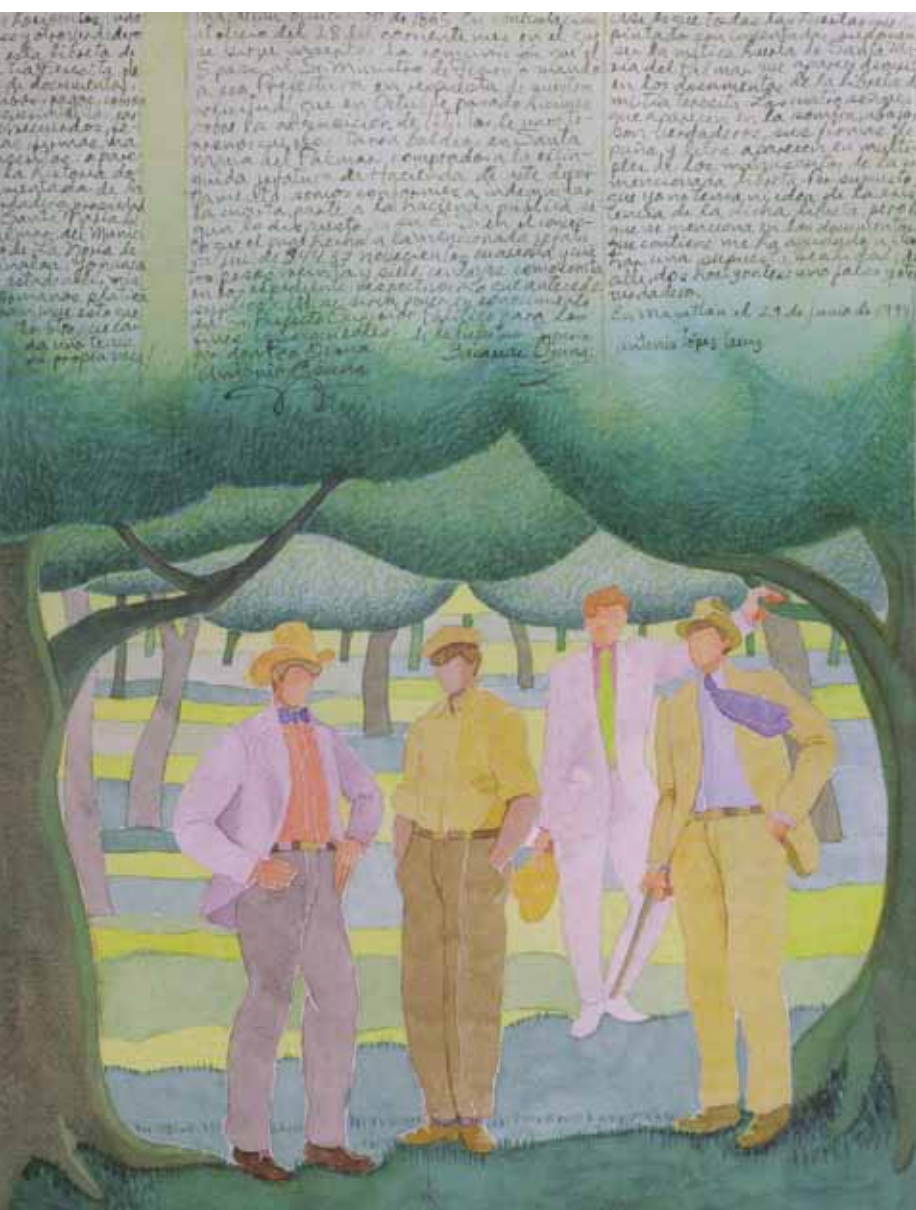
la transición o el puente estético donde su obra cambiará hacia una figuración definitiva. Son obras, pues, que visualizan la profunda impresión provocada por la pintura norteamericana descubierta mediante libros y otros pintores de su generación; esa abstracción lírica tan a menudo invocada por la crítica para descubrir el giro informal que se produjo a lo largo de esos años. Es el momento centrado en la “especulación de la forma”, en la puesta de una diferencia significativa que rompa la geometría compositiva. No sé si 1977 o 1978 señala el periodo final de las tentativas abstractas de la pintura de López Sáenz, pero lo cierto es que a partir de esta fecha se multiplican sensiblemente los motivos que podemos calificar de realistas, en la amplia acepción del artista; es decir, como evocaciones más o menos fantaseadas por el pintor de elementos del entorno cotidiano, o mejor dicho, más figurativas y más próximas a lo que será su lenguaje estético. Toda obra de arte se constituye, a lo largo de un proceso de límites huidizos, pieza a pieza. En esta época primera, la pintura de nuestro artista destaca porque asimila una salida hacia la figuración que arranca de la tradición

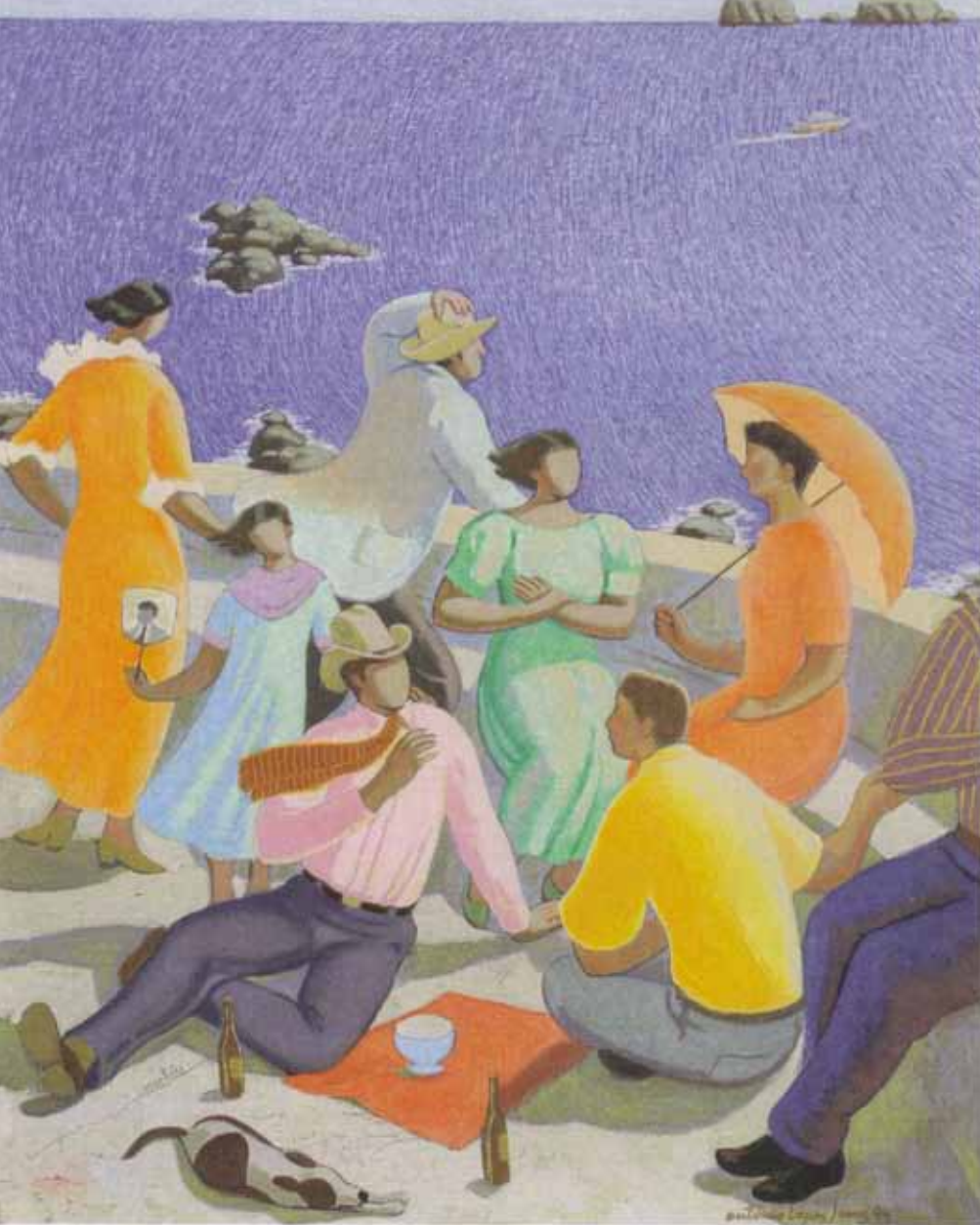
abstracta bien asimilada mediante la naturaleza y el paisaje, mediante una figuración que alcanza pronto y sin censuras un elocuente lenguaje formal. Quizá *Mujer en vagón* (1978) constituya en su obra la mejor síntesis de esa ansiedad de influencias que tanta fuerza va a marcar a su generación y a definir las primeras tentativas rupturistas en su pintura.

Una de las principales aportaciones al arte mexicano de López Sáenz es la consideración distinta del concepto de figuración. Me sorprende su pintura, pues descubro siempre lo inesperado. Recuerdo algunas obras suyas y puedo evocar mi impresión inicial: *El muelle* (1981), *El ausente* (1985), *Grupo de jóvenes a la sombra de un árbol* (1988), *Jardín de la maestra Rita* (1989) o *Mujer en el malecón* (1991), por citar algunos. El motivo —el mar, el cielo, el puerto de Mazatlán, que se perfila esquematizado y escueto en

azul, sobre un fondo azul de inseguras líneas de un gris marino—, el sereno verano va a permitirle realizar la sagaz predicción de su admirado maestro, el simbolista Gustave Moreau: simplificar la naturaleza, nada menos. Diversos personajes marcan el espacio sin otro objetivo aparente que su contrapeso cromático, nada más. En efecto, López Sáenz trabaja con unos limitados recursos temáticos que administra con exigente destreza visual desde siempre: el puerto de su Mazatlán fantaseado con una imaginación depurada por el tiempo. Como demuestra su extensa obra, la naturaleza es para el pintor una secuencia escogida de signos sensibles, convertidos en experiencia plástica mediante un lenguaje gestual de trazos esencialistas y sintéticos. Sus figuraciones deformadas y definidas, las sutiles gamas de azul, las gradaciones atemperadas del ocre y el rojo, un paisaje de cielos deslumbrantes, tentada por el equilibrio insólito de unas sombras que fantasean volúmenes inesperados negados por la luz, un realismo irreal protagonizado por el color (*Dolores y Anselmo*, 1990; *La visita*, 1992).

Santa María del Palmar #2. Acuarela. 47 x 60 cm.



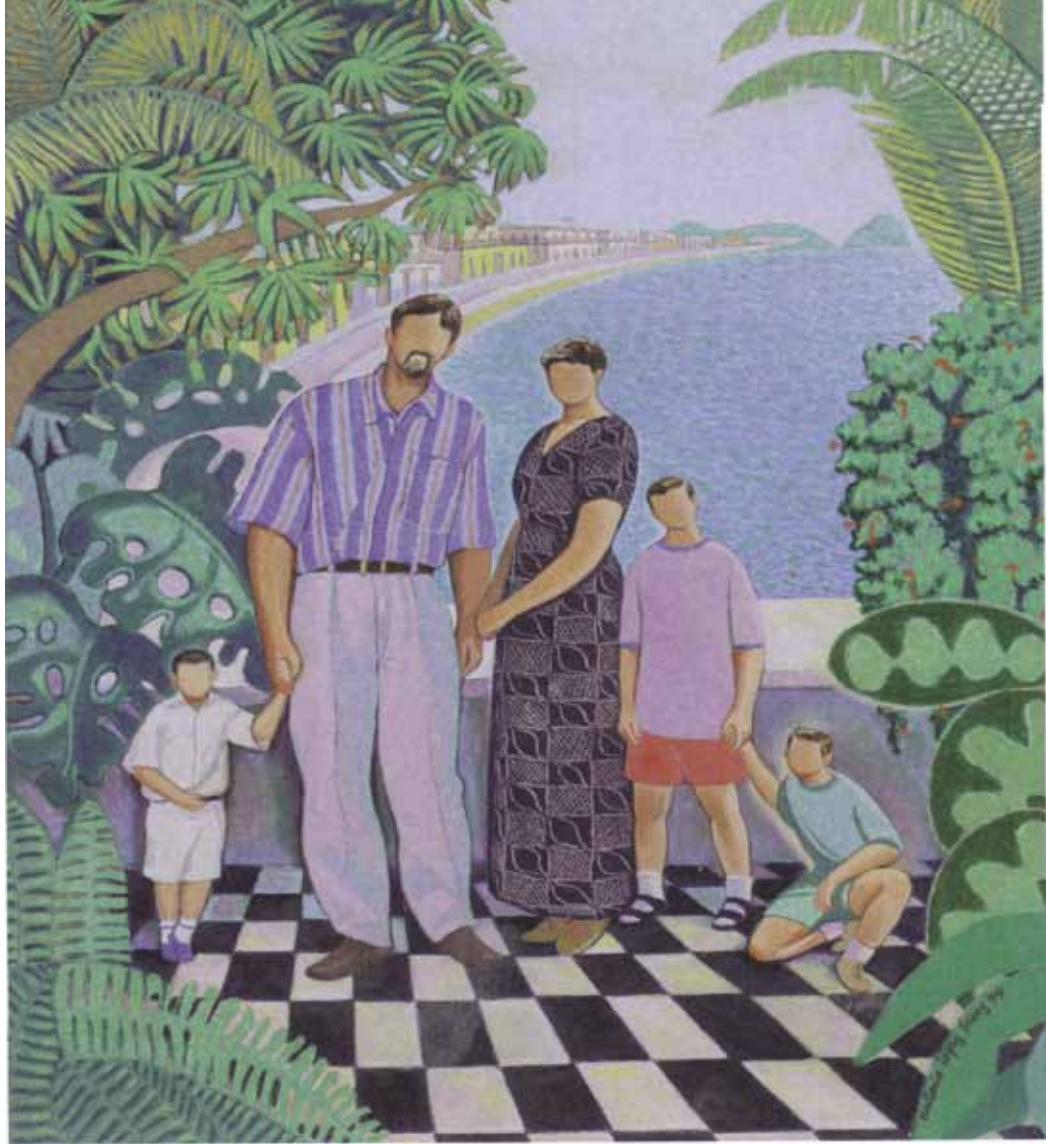


Vista al mar, 1994. Óleo sobre tela. 100 x 130 cm.

En las obras maduras de López Sáenz la luz adquiere un protagonismo creciente en la escena plástica, suavemente contenida por la fuerza de los perfiles lineales. La luz es siempre cenital —elude el foco lumínico estridente que desorienta la mirada del espectador— y subraya apenas los tenues trazos expresivos que potencian la intensidad de la construcción. La naturaleza, el motivo se ha transformado de este modo en un mundo de arte con vida propia, en un destello ficticio y activo que escapa de los límites

del cuadro y nos imprimen su visión. La sencillez aparente de la pintura de Antonio nos fascina desde el primer momento: ágiles huellas de color sobre una superficie teñida de luz serena.

La pintura de López Sáenz no es mera evocación instantánea de un momento de la naturaleza. Tampoco el resultado de un programa figurativo controlado. Responde a la resistencia o ductilidad de los materiales utilizados, al magnetismo de pigmentos y grafitos, a la azarosa saturación de los colorantes y disolventes, en suma, a las argucias del viejo oficio de pintar. Se trata una vez más de obtener de la materia una respuesta a los imperativos expresivos del artista, pero también de volver a las viejas imágenes detenidas en la historia del arte con una mirada nueva y original que la active desde nuestro tiempo. En *Canto de las sirenas* (1987), los personajes imaginarios se yuxtaponen en grises, verdes, naranjas y blancos sobre un azul de lapislázuli que contornea el mar. El mundo de las sensaciones sensibles es para el artista un universo de sorpresas. Esto último significa transmutar la complejidad en sencillez o, para decirlo mejor, ganar sentido estético, abreviar la urdimbre pictórica re-



duciéndola a lo esencial. En este sentido, se puede afirmar que nuestro artista es un pintor de veta lírica, cuya fina fragancia romántica nunca empaña *L'esprit de géométrie*, un cierto fondo de orden, un trasfondo normativo,

una visión muy clásica. En este sentido, López Sáenz ha logrado un prodigioso equilibrio entre libertad y sabiduría, expresividad y elegancia; ha desarrollado de forma soberana, sobre todo en la pintura, una técnica en la que es un maestro incomparable, no sólo en su tierra natal sino en México. Por su independencia y también por su especial sensibilidad, su obra puede recordar a la del primer Carlos Mérida o la de Ricardo Martínez, que siempre lograron mantener un asombro constante ante el oficio de pintar.

En los cuadros de los últimos diez años (2000-2010), el artista ha revisado la complejidad textual de su obra de finales de los setenta y principios de los ochenta, bien transformando la superficie de la pintura en una figuración concreta y definida, o bien creando una superficie elaboradamente sutil sobre la que sitúa una figura sola o doble. Reconocemos no sólo el estilo y su técnica característica, pero también como una luz nueva, más radiante y saturada, un nuevo brío,

un mayor atrevimiento; en suma, un timbre plástico nuevo, más refinado y brillante, cuyo atrevido fervor, a veces, recuerda la gama ardiente de Matisse, pero sin que nunca ese tono vibrante y emotivo deje de estar sabiamente controlado. No sólo enseguida neutralizó el efectismo cromático, intercalando gamas cálidas y frías, sino que mediante contraluces ha logrado una sombra de las figuras sorprendente.

Quien conozca la trayectoria de López Sáenz puede que se pregunte entonces cómo cabe apurar más el lenguaje si se ha mantenido siempre al margen de retóricas y ampulosidades. El resultado de este trabajo último es un conjunto de cuadros plenos de fragancia poética, de belleza decantada. Así, cada vuelta a la pintura de López Sáenz produce nueva seguridad en la fuente inagotable de la pintura. ¿Hay acaso —como dice Francisco Calvo Serraller— otra forma de manifestar en nuestro mundo contemporáneo la belleza moral y estética de la identidad? **▲▲**